

**MARI JUNGSTEDT  
RUBEN ELIASSEN**

# Mar de nubes

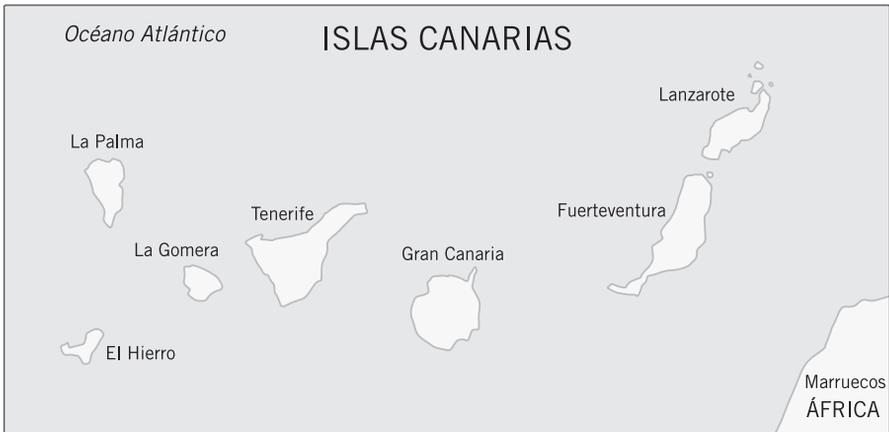
*Traducción:*

CARLOS DEL VALLE



MAEVA

*Para Maya, que nos dio grandes alegrías durante su corta vida.  
Y para nuestros queridos hijos Leo Caspian, Rebecka, Sebastian,  
Joachim y Cedric*



## Prólogo

En la pequeña habitación reinaba un ligero olor a hierbas y una luz tenue. Por un altavoz situado en el techo sonaba una suave música oriental. Las paredes estaban barnizadas en tono oscuro y en un rincón había una planta. Le pidió a la mujer que se desnudara y se tumbara en la camilla. Ella se bajó un poco el vestido y se sintió desprotegida e indefensa. Por una parte deseaba dar media vuelta y marcharse de allí, pero había algo que la retenía en aquel lugar. Una especie de curiosidad, de expectación sobre lo que podría pasar a continuación. Un cálido cosquilleo le recorrió la piel. Sintió la boca seca y se humedeció los labios. Él le dirigió una mirada rápida, y en ese mismo instante ella fue consciente de cómo habría de interpretar él su gesto de humedecerse los labios con la lengua. Sonrió insegura, sintió cómo se ruborizaba. Empezó a toquetearse uno de los tirantes. Él se comportó con delicadeza y se dio media vuelta mientras ella se quitaba el vestido. Al colgar la ropa en el gancho de la pared le temblaban las manos. Titubeó, sin saber si debía conservar las bragas puestas. No había hecho eso nunca antes, no sabía cuál era el ritual, qué se esperaba de ella.

Se acomodó en la camilla tapizada de cuero y se tumbó boca abajo. Intentó relajarse. Cerró los ojos mientras inspiraba por la nariz, espiró lentamente por la boca.

El joven se dio la vuelta y le colocó una toalla sobre las piernas y nalgas, de tal manera que quedó justo bajo el borde de las bragas. Se movía con seguridad. Cuando la rozó con las yemas

de los dedos sintió un escalofrío, a pesar de que en la habitación hacía calor. Alzó la mirada. Él se había quitado la bata blanca. Le dio tiempo a entrever un atlético cuerpo bronceado y juvenil con prominentes brazos musculados. Abdomen plano y duro. Caderas estrechas. Apenas vello en el pecho y unos pezones pequeños y marrones. Sintió un ligero cosquilleo entre las piernas. Él llevaba unos pantalones blancos de algodón. La fina tela le apretaba las caderas y tenía el trasero respingón. No podía dejar de pensar en cómo sería por debajo.

Volvió la cabeza de nuevo, un poco abochornada. Tenía que concentrarse en relajarse, tal y como le había dicho la persona que le aconsejó ese lugar. Sentir. Dejarse llevar. Concentrarse en el momento.

Advirtió que el joven se giraba de nuevo, oyó cómo extraía aceite de una de las botellas que había en una mesa y cómo, al frotarse las manos, el líquido rezumaba entre sus dedos. Ella respiró hondo. El masajista se situó a su lado, pegado a ella. Comenzó a acariciarle la espalda desnuda con movimientos largos y firmes. Sin querer, a ella se le escapó un suave gemido de placer. Sus manos eran fuertes y decididas. Cerró los ojos. Intentó seguir con la respiración el ritmo de los movimientos. Las manos se deslizaban por la espalda, le masajearon el cuello, los hombros, llegó al final de la columna, le sujetó las caderas, trabajó con pequeños movimientos circulares. Los pulgares presionaban su piel desnuda.

Él hizo una pausa, le bajó las bragas y apartó la toalla de forma que el culo quedó al descubierto. Le masajearon las nalgas, que se tornaron suaves y escurridizas. Volvió a gemir. El hombre agarró las bragas a medio bajar y con un suave movimiento tiró de ellas y se las quitó. Ahora se encontraba totalmente expuesta. Él siguió masajear los muslos con manos firmes y decididas. La tocaba con cuidado, le separó las piernas para poder llegar con facilidad a la parte interior de los muslos. Se encontraba a escasos milímetros de su sexo. Sintió humedad entre las piernas; respiraba con la boca abierta y apretaba la cara contra la abertura circular de la camilla. Él siguió masajearla, muy

cerca, pero sin llegar a tocarle el sexo. Ella se sentía completamente aceitosa y brillante.

Él agarró la toalla que seguía en las pantorrillas y le pidió que se diera la vuelta. De forma mecánica hizo lo que le pidió, se tumbó boca arriba, y el pecho se balanceó junto a él. Le colocó la toalla encima, de forma que los pezones quedaron tapados, y se colocó detrás, junto a la cabeza. Ella cerró los ojos. Intentó concentrarse solo en vivir el momento.

Él se encontraba allí, justo encima de ella. Sentía la suavidad en todo su cuerpo abandonado, ahora anhelante, dispuesta a entregarse a él por completo. Empezó a masajearle la nuca y el cuello, dejó que las manos se deslizaran, ejerciendo pequeñas presiones, hacia los hombros, prosiguió por la clavícula. La acarició con cuidado siguiendo el borde de la toalla, junto al pecho. Ella respiraba pesadamente y al parecer, él también. No sabía si era a causa del esfuerzo o si él también estaba excitado. Estaba totalmente concentrada en sus manos y en anticipar sus movimientos. Cómo se deslizaban por su cuerpo. Movimientos decididos, cariñosos, que le provocaban pequeñas chispas en el sexo. Tenía una sensación de vértigo y aturdimiento. Sobre su suave piel, las manos resultaban cálidas y duras.

Al fin, apartó la toalla del todo. Dejó que las manos se le deslizaran sobre los pechos. Y entonces se sintió perdida.



# 1

Martes 24 de junio

**E**rika Bergman se encontraba frente al espejo de la habitación, amueblada de forma espartana, y se peinaba minuciosamente la larga melena. Lo hacía con movimientos firmes y rítmicos para dejarla lisa y brillante. En realidad no tenía mucho sentido, pues él solía despeinarla tan pronto como podía. Contempló satisfecha su cuerpo bien entrenado. Los muchos años de práctica regular de yoga habían servido para algo. Había elegido con cuidado la ropa interior. Sintió como una ola en el vientre al pensar en lo que le esperaba esa noche.

Erika esbozó una sonrisa; no era esa clase de práctica con la que había contado al reservar el viaje de yoga a Gran Canaria. La escuela de yoga se encontraba en un lugar apartado, lejos de los complejos turísticos con discotecas, bares y clubes nocturnos.

Miró por la ventana y vio las montañas de más de mil metros de altura que se perfilaban alrededor, las laderas con las plantaciones de frutas y, a lo lejos, las resplandecientes aguas del Atlántico.

Este lugar era inusualmente verde para encontrarse al sur de Gran Canaria. Las plantaciones de plátanos, papayas, calabacines, tomates, naranjas y limones se extendían hasta las playas de cantos rodados junto al mar. Apartada, a una buena distancia del vecino más próximo, se hallaba la escuela de yoga Samsara Soul. La escuela se encontraba prácticamente oculta tras un viejo muro que la protegía de miradas y visitas inesperadas.

Pasaría allí dos meses, alejada de todo y de todos. Se dedicaría a entrenar, recibir masajes, dar paseos, tomar el sol y bañarse. A recuperar el equilibrio para poder proseguir con su vida.

Comenzaba a sentir que iba por buen camino. Cuando llegó, hacía unas semanas, se sentía destrozada.

No había contado con ningún amorío, esto había sido una inesperada recompensa. Dejó el cepillo y se pintó levemente los labios de rojo. Sacó uno de los pocos vestidos que había traído y se lo enfundó. Se puso unos zapatos de tacón. Miró el reloj, ya casi era la hora.

Percibió un repentino movimiento junto a la ventana. Como si al otro lado pasara una sombra rápida y silenciosa. Tan cerca del cristal que casi lo rozó. Se quedó paralizada. Encontró su rostro en el espejo, reconoció su mirada temerosa. Creía que había conseguido alejarse de ella, que la había dejado en Suecia. Pero la había seguido. Y ahora notaba la paralizante sensación de que alguien la vigilaba. Tendría que echar un vistazo antes de salir y cerrar la puerta con llave.

Últimamente se asustaba por cualquier cosa. Permaneció inmóvil un rato mientras escuchaba posibles sonidos, pero reinaba el silencio. Un silencio casi desagradable. Nadie solía pasar junto a su habitación, que se hallaba al fondo de la casa, y su ventana daba a un pequeño patio donde solo había unos arbustos.

Entonces, con el rabillo del ojo percibió otro movimiento, apenas una sensación de algo real. No se lo había imaginado. Un escalofrío le recorrió la espalda.

Se acercó con cuidado a la ventana, echó un vistazo hacia ambos lados. Una lagartija correteaba sobre el terreno reseco y desapareció bajo unos arbustos.

Se quedó ahí un buen rato, mirando por la ventana. Algo se ocultaba entre los árboles, más allá, junto al muro que rodeaba la escuela. El corazón le latía desbocado.

Entonces lo vio. El perro salió de entre los arbustos, husmeando un rastro en el suelo. Era grande, de pelaje marrón cubierto de polvo, y parecía abandonado. Erika emitió un suspiro de alivio.

Solo era un perro.

## 2

Las almejas tintineaban levemente en el cubo de aluminio que sostenía en la mano. Había buceado para pescarlas esa misma mañana junto a las rocas a las afueras de El Pajar. No eran de la especie exacta que necesitaba, pero en Gran Canaria no había veneras. No obstante, lo importante era el simbolismo. El cubo estaba lleno hasta la mitad, tendría de sobra. Le había costado más de lo esperado conseguir las rosas. Tuvo que buscar durante un buen rato hasta encontrar el color adecuado en el jardín, arriba en la montaña, en una casa que parecía abandonada. Había entrado en la parcela y cortado tantas rosas blancas como pudo. No quería comprarlas, no deseaba dejar rastro alguno.

Los había seguido desde la escuela de yoga. Se subieron al coche a las cuatro y media de la tarde y condujeron hasta Arguineguín. Tardaron una hora, así que llegaron cuando acababa la siesta y las tiendas abrían de nuevo. Aparcaron junto al centro comercial Áncora e hicieron sus recados. Él se había calado la gorra para evitar que lo reconocieran mientras los seguía. Después de un par de horas tomaron un café en el bar Piporro, en el paseo marítimo, y a continuación el hombre entró en la iglesia noruega, que se levantaba sobre las rocas, junto al mar. Ella paseó sola por las tiendas y él la siguió con la vista. Era tan bella, con su figura alta y esbelta, sus rasgos escandinavos puros y su cabello rubio como el trigo. Vestía un traje sencillo de algodón azul y unas sandalias de tacón. Sintió ganas de acercarse, darse a conocer e invitarla a una copa. Sentarse a su lado y contemplar juntos la puesta de sol. Ella se instaló junto al mar, en el restaurante

Apolo, y pidió una copa de vino. No pasó mucho tiempo antes de que el hombre reapareciera. Llevaba gafas de sol y un sombrero, como si no deseara ser reconocido. Pidieron algo de comer, charlaron y rieron de forma íntima. Se veía de lejos que eran algo más que amigos. Cenaron, bebieron más vino, y cuando acabaron se alejaron muy juntos hacia un complejo de apartamentos que había sobre la iglesia noruega. Desaparecieron en un portal, y él se imaginó que pasaría un buen rato antes de que volvieran a salir. No le importaba esperar, cuanto más tarde se hiciera, mejor.

Se sentó en un bar desde el que podía divisar quién entraba y salía del portal. Pidió una cerveza, encendió un cigarrillo e intentó calmar los nervios. Había oscurecido y una leve penumbra cubría el pequeño pueblo costero. La luz de las farolas del paseo marítimo era cálida y acogedora, ese era el ambiente que se respiraba en el resto de Arguineguín, el antiguo pueblo pesquero. Era una población de la costa sur de Gran Canaria, alegre aunque algo somnolienta, alejada de la agitada vida nocturna que distinguía las zonas turísticas de Puerto Rico y Playa del Inglés, a pocos kilómetros de allí. Aquí la mayoría de bares y restaurantes cerraban a las once de la noche.

Pagó la cuenta y se trasladó a un banco. El portal se abrió. Era algo más de medianoche, el bar estaba cerrado y la calle desierta. Comprobó que la mujer iba sola y se dirigía con pasos decididos hacia el supermercado León, que era la única tienda que permanecía abierta durante la noche. En el interior no se percibía movimiento alguno. La luz iluminaba con fuerza la calle. La mujer entró en la tienda y él pudo seguirla claramente con la mirada, ya que las puertas estaban abiertas de par en par. Agarró unas cervezas y un paquete de tabaco. El corazón le latía con fuerza y tenía la boca seca. Cuando la chica salió, una mujer que estaba con los borrachos que permanecían sentados en un banco la interpeló. Vio que intercambiaban unas palabras y ella le dio unos cigarrillos. Luego continuó cuesta arriba, de vuelta a la casa de donde había salido. Era ahora o nunca.

### 3

Al salir a la calle oscura oyó cómo la puerta se cerraba tras de sí emitiendo un ruido seco. Se dio cuenta de que se había olvidado las llaves, y no había telefonillo. Nerviosa, buscó el móvil en el bolso. Respiró aliviada al encontrarlo, podría llamar cuando regresara. No tenía ganas de ponerse a gritar cuando todo el mundo estaba durmiendo. No quería llamar la atención, nadie debía saber que se encontraban ahí. Ese era su secreto. Él había sido muy claro al respecto.

Le había pedido que comprara tabaco y cervezas. Al principio protestó, ¿la iba a enviar a hacer un recado en mitad de la noche? Pero él había insistido y a ella, en realidad, no le importaba hacerlo. Le sentaría bien un poco de aire fresco.

Era casi la una y anduvo calle abajo hacia el supermercado que permanecía abierto durante la noche. No resultó difícil encontrarlo, desde el apartamento que les habían prestado se veía su cartel de neón. Estaba sola, no se veía a nadie excepto a un grupo de personas que bebían sentadas en el paseo marítimo. Le desagradaron y pasó de largo sin mirarlos.

La tienda se hallaba desierta, era la única clienta. Recogió las cosas y pagó al cajero, que bostezaba mientras se entretenía viendo la televisión. Quizá fuera una manera de mantenerse despierto.

Al salir, una mujer surgió de entre las sombras que envolvían el paseo marítimo. Al principio le sobresaltó el recuerdo de algo que deseaba olvidar. Pero, al parecer, la mujer pertenecía al pequeño grupo de borrachos. Le pidió unos cigarrillos. Erika le dio unos cuantos y se apresuró a continuar su camino.

La avenida que se extendía sobre la playa estaba a oscuras. La luna se había ocultado tras una nube y proyectaba una luz tan pálida sobre el mar que apenas se vislumbraba en la penumbra. Oyó sus propios pasos, que resonaban contra el asfalto seco. Las calles estaban vacías y desiertas. Se detuvo junto al muro que había sobre la playa, observó su lava negra, el puerto a lo lejos y, sobre la colina, la urbanización iluminada por el amarillo cálido de las farolas. El lugar al que había ido resultaba tranquilo y carecía de vida nocturna. Percibió el rumor de las olas en la oscuridad, un coche se detuvo a lo lejos, no se oían más ruidos que algún grito esporádico de los borrachos del banco.

La cálida brisa nocturna le acarició la piel. Le agradaba estar allí, completamente sola. Disponer de unos cuantos minutos para sí misma en los que podía oír sus propios pensamientos. A continuación disfrutarían un rato antes de regresar a Tasarte, donde él la dejaría en la escuela de yoga, y ella se metería en su estrecha cama como si nada hubiera pasado. Erika sonrió al pensarlo. Si el resto de los participantes del taller de yoga supieran a qué se dedicaba... Hacía mucho tiempo que no se sentía así de bien, era como si se hubiera alejado de todo. Como si nada le concerniera. Apenas podía recordar cuándo fue la última vez que se había sentido tan relajada.

Continuó por el paseo marítimo desierto y llegó a la curva donde estaba más oscuro. Un túnel pasaba entre un edificio oscuro y la alta pared de una montaña. Al entrar en el túnel sintió que tenía compañía. Alguien caminaba detrás de ella. De pronto, se dio media vuelta para ver si alguno de los borrachos la había seguido con la esperanza de conseguir algo de dinero o más cigarrillos. Pudo distinguir apenas una figura vestida de negro y con gorra, pero no era ninguno de los borrachos. Se le erizó la piel. Aligeró el paso. Se maldijo a sí misma por haber disfrutado de la vista del mar y por haber tomado ese camino. Podía haber elegido la calle de arriba, donde había casas y coches. Oyó cómo el desconocido se acercaba. El miedo se apoderó de ella e hizo que sintiera frío en la cálida noche.

De repente, oyó un murmullo justo a su espalda, una voz que decía algo que no llegó a comprender. Parecía como si alguien le susurrara algo, pero ella no quería detenerse ni oír de qué se trataba. Fue consciente de su vulnerabilidad; no había nadie en esa oscura curva, se sentía presa entre la pared de la montaña, la oscuridad, el estrecho pasadizo. Estaba acorralada en una esquina, con alguien justo a su lado.

Jadeó, notaba una sensación pesada en el cuerpo. Sus movimientos se tornaron lentos, torpes. Vio una sombra en la pared, bajo la luz de la farola. Contuvo la respiración. Deseó soltar la bolsa con cervezas y tabaco que llevaba en la mano. Deseó echar a correr, pero las piernas no le respondieron; deseó gritar, pero no pudo pronunciar sonido alguno.

Entonces alguien la agarró. Una voz junto al oído, su cuello desnudo...

Y ella se desplomó.

## Miércoles 25 de junio

Helena Eriksson estaba sentada en la posición de loto, profundamente concentrada. Respiraba con tranquilidad, tenía los ojos cerrados y sentía el calor del sol sobre su rostro. Estaba empapada en sudor después de haber practicado casi hora y media de yoga. Sentía la presencia de los demás, a pesar de que todos permanecían inmóviles. Abrió los ojos con cuidado, echó una ojeada al líder, Samsara, que estaba sentado en el suelo sobre las palmas de las manos y tenía ambas piernas cruzadas por detrás de la nuca, los músculos bien tensos, el cuerpo fibroso en completo equilibrio. Parecía totalmente indiferente a la dificultad de la posición. Su intensa mirada dirigida al frente, sobre sus cabezas, en un punto de algún otro lugar, más allá. El rostro era neutro, sin expresión alguna. No estaba mal, pensó ella. A pesar de que con toda seguridad rozaba los sesenta, seguía siendo atractivo. Tenía la piel bronceada por haber pasado años al sol, el cuerpo musculado, sin un gramo de grasa de más. Sus facciones eran limpias, con mejillas enjutas y una mandíbula pronunciada que resaltaba su masculinidad. Además, saltaba a la vista que estaba bien dotado. Se pasaba los días enteros vestido apenas con un fino pareo alrededor de su estrecha cintura. A Helena le resultaba algo irritante que se obstinara en mostrarse de esa manera. Era como si deseara que todas fueran conscientes de su potencial, de su virilidad.

Helena miró con el rabillo del ojo a las demás participantes. Todas eran mujeres y la mayoría rondaba los cuarenta. Vestían de blanco, con suaves *leggings* hasta la rodilla. Recibieron la ropa

al llegar para que todas fueran iguales. Eso formaba parte de la experiencia en ese lugar, parte del espíritu, todas tenían el mismo objetivo. Hallar tranquilidad, tanto interior como en compañía. Habían aprendido que la afinidad corporal entre los participantes ayudaba a alcanzar la meta espiritual.

Samsara hizo una señal para que se tumbaran y así pudieran comenzar la última parte de la relajación. A Helena le pareció que él la miraba más de la cuenta y no pudo menos que preguntarse por qué. O flirteaba con ella o había realizado mal algún movimiento. Después de cada clase, se llevaba a alguien a un apartado para reprenderla o darle alguna instrucción. A veces, también manifestaba su aprecio y señalaba que lo había hecho muy bien, aunque eso era menos frecuente. Era severo y exigente, y al mismo tiempo el mejor profesor de yoga que había tenido en su vida.

Se colocó de lado sobre la delgada esterilla. Dobló las piernas, formando un ángulo de noventa grados en dirección opuesta al cuerpo. Estiró los brazos. Tenía espacio de sobra. Junto a ella había un lugar vacío. Pertenece a Erika, su compañera de habitación, que en esta ocasión no había venido. No la había visto desde que acabaron de almorzar el día anterior. Erika se había ido hacia las tres de la tarde sin decir adónde y no había regresado. No se presentó a la sesión de la tarde, ni a cenar, ni por la noche. Helena empezaba a preocuparse. No era la primera vez que su compañera de habitación desaparecía, aunque nunca lo había hecho durante tanto tiempo. Y en ningún caso toda la noche.

En realidad, no sabía mucho sobre Erika. Habían compartido habitación durante casi dos semanas y se llevaban bien, aunque en algunas ocasiones en las que Helena había intentado profundizar más en sus conversaciones, Erika se había cerrado como una ostra. Había algo sombrío en ella. Era guapa, tenía los ojos grandes y el cabello largo y rubio. Se movía con una elegancia que la distinguía del resto, aunque no intentara destacar ni ser superior; era sencillamente así. Irradiaba una fuerza seductora, pero al mismo tiempo arrastraba una tristeza que al parecer no deseaba compartir con nadie. Aunque la oscuridad de sus ojos se esfumaba cuando hablaba de yoga. Erika adoraba la vida en

la escuela y resplandecía más que nunca cuando empezaba una nueva clase. Helena pensó en la cara que puso su nueva amiga cuando Samsara, el propietario de la escuela de yoga, les dio la bienvenida. La seriedad que caracterizaba el rostro de Erika desapareció, se relajó y parecía fascinada e interesada por lo que la escuela podría aportarle. No se había perdido ni una sola de las actividades desde su llegada. Se levantaba cada mañana a las seis para despertarse con tranquilidad antes de la primera clase de yoga. Helena, sin embargo, no conseguía salir de la cama hasta el último momento y, paradójicamente, necesitaba estresarse para relajarse a tiempo en la sala de yoga.

Pero esa mañana Erika no había aparecido. Tampoco había dormido en su habitación. Helena se había despertado varias veces durante la noche para constatar que la cama de Erika seguía vacía.

La clase finalizó y todos se pusieron lentamente en pie, uno tras otro. Samsara les agradeció la participación juntando las palmas de las manos y con una profunda reverencia. Helena abandonó la terraza, bajó las escaleras encaladas que recorrían el lateral de la casa y se encaminó al edificio donde se hospedaba con Erika. Si no había pasado la noche en la habitación, ¿dónde había estado? La mayoría de los inscritos en el centro eran mujeres de mediana edad en busca de paz y tranquilidad y una mejor armonía corporal. También había algunos hombres y algún que otro joven. Como Erika y ella. Todos pasaban la mayor parte del tiempo en la zona; el programa era bastante apretado, no había mucho tiempo para nada más. Los días estaban estrictamente planificados con varias sesiones de yoga, tratamientos corporales y hasta algunas tareas como limpiar, preparar la comida y recoger fruta en las plantaciones vecinas. Helena tenía previsto pasar allí dos semanas. La mayoría no se quedaba más tiempo. Sin embargo, Erika pasaría allí todo el verano. Helena no la envidiaba. Ya había empezado a cansarse de la rutina diaria y de la insípida comida. Los insulsos revueltos de verduras, los tés verdes. Lo primero que haría al regresar a Estocolmo sería meterse en un McDonald's.

Pensó en el paradero de Erika. Ahí fuera no había ningún lugar donde pasar el rato. Había visto un bar en Tasarte, pero parecía estar siempre cerrado. Y abajo, junto al mar, había un restaurante familiar; quizá debería acercarse y preguntar si la habían visto. Ya lo había hecho en la escuela, pero nadie sabía dónde estaba. Sintió un creciente desasosiego, no le había oído decir a Erika que tuviera conocidos en la isla a los que pensara visitar.

Helena llegó a la puerta de su habitación, pero se detuvo un instante. De pronto, entrar le resultó extraño. Sintió una súbita agitación, como si ahí dentro hubiera algo peligroso escondido. Movié ligeramente la cabeza como para sacudirse sus propias fantasías e intentó apartar la sensación, abrió la puerta y entró. El mobiliario era sencillo. La habitación estaba pintada de blanco y el muro lustrado, sin cuadros ni ningún tipo de decoración. Dos camas pequeñas y sencillas, cada una en un rincón. Un lavabo diminuto en una de las paredes y un espejo, con una toalla pequeña colgada de un gancho. Todo resultaba de lo más espartano, frío. Samsara predicaba que para alcanzar la armonía interior, uno debía rodearse de sencillez. Él vivía en una gran casa de piedra con su mujer y dos hijos, a una distancia conveniente del centro. Ella no había estado, pero la casa, a juzgar por su exterior, daba la impresión de ser cara.

La habitación se encontraba igual que la dejó por la mañana. Se sentó en la cama. Era dura, lo que al parecer era bueno para la circulación. La mochila de Erika estaba medio abierta en el suelo, en la mesilla de noche había un libro y varios periódicos. Se preguntó qué secreto guardaría. Una noche hablaron sobre el motivo que las había llevado hasta allí. Erika no fue muy clara, aunque mencionó que necesitaba alejarse, que no soportaba estar en casa. Helena percibió que huía de algo o de alguien. Mucha gente viajaba hasta allí para recuperarse de una existencia más o menos estresante, para encontrarse a sí misma,

en soledad pero al mismo tiempo en compañía. A Helena le pareció que Erika era una de esas personas que necesitaban de verdad tomar distancia de la realidad durante un tiempo.

La angustia se apoderó de ella. Erika no respondía al móvil y no había dejado ninguna nota. Algo iba mal. Terriblemente mal.

Al amanecer, un pesquero solitario se acercaba lentamente hacia el puerto de Arguineguín. Comenzaba a clarear, la luz vacilante de la mañana se propagaba por el cielo. Manuel se sentía cansado tras una noche de pesca. Le dolían las piernas y tenía la espalda entumecida. Ya no era joven, y el trabajo maltrataba su cuerpo. La pesca, no obstante, había sido buena. Habían conseguido centenares de kilos de pescado, sobre todo atunes y sardinas, que suponían una buena aportación para la economía familiar. Eran tiempos duros, y en España la profunda crisis económica afectaba a todos.

Salió a cubierta, se estiró y bostezó, sacó una lata de Tropical de la nevera y encendió un cigarrillo. El mar estaba reluciente y en calma.

Deseaba volver a casa y besar a sus nietos antes de que se fueran al colegio. De buena gana se hubiera tomado un desayuno caliente servido por su mujer en la mesa de la cocina. Una tortilla de patatas con gofio, por ejemplo; la harina de maíz contiene muchos hidratos de carbono y resulta una comida perfecta tras una agotadora noche en el mar. Sintió cómo el hambre le arañaba el estómago. Estaba helado y cansado, y deseaba llegar a casa, a la comida caliente y a su cama.

Se aproximaba al puerto y a la playa. Las rocas negras bajo la iglesia noruega captaron su atención. Al principio apenas pudo distinguirlas bajo la luz del amanecer a causa del reflejo del agua

del mar, que ahora se retiraba. Las olas rompían con calma contra la orilla. Manuel le dio una calada a su pitillo y un trago a la cerveza. De repente, vio a una persona sobre las rocas. Se quedó de piedra e instintivamente dio un paso adelante sobre la cubierta, como si eso le sirviera de ayuda. Allí yacía una mujer, estaba desnuda. Tendida, inmóvil, como si durmiera.

El sol estaba saliendo y el aire de la mañana era húmedo y salado. Fue hacia la cabina y buscó los prismáticos. Jaime, su compañero, se encontraba al timón y le preguntó qué pasaba, pero Manuel agitó una mano al viento y salió corriendo. Se colocó los prismáticos y los orientó hacia las rocas. Sintió un escalofrío al comprender que no se había equivocado. Sobre una roca plana, bajo la iglesia, yacía el cuerpo de una mujer, boca arriba y sin vida. El pelo rubio le caía hacia los lados. Manuel gritó y gesticuló, dirigiéndose a la cabina de mando para que su amigo cambiara de rumbo.

—¡Hay una mujer muerta sobre las rocas! —gritó.

Al acercarse a la playa, la escena se vio con más claridad. Manuel nunca olvidaría ese momento. El sonido de la embarcación al rozar los bloques de piedra negra, el graznido de una gaviota que sobrevolaba el mar, el rumor de una radio lejana que provenía de uno de los bares de la playa que acababa de abrir, el chirrido de las mesas al ser colocadas en la terraza para los paseantes ansiosos por desayunar. Un barrendero vestido con un mono verde se afanaba en limpiar el paseo mientras otro vaciaba las papeleras. Pasaron dos personas corriendo. Alguien había bajado a la playa aún desierta y aprovechaba para dejar que su perro campara a sus anchas por la arena. La luz de la mañana se extendía y pintaba el paseo marítimo con colores nuevos. Las fachadas adquirirían tonos cálidos una tras otra, mientras el sol se elevaba en el cielo.

Manuel se acercó a la mujer que yacía en las rocas. Estaba tumbada, bien protegida gracias a la altura del muro, y, con toda seguridad, no se veía desde el paseo. Retrocedió y apenas se atrevió a mirarla mientras, nervioso, buscaba el teléfono en su chaqueta. La mujer presentaba un profundo corte en la garganta.

Tenía una cara bonita, con los pómulos marcados y labios finos. Los ojos, que miraban fijamente al cielo, eran de color azul oscuro. Había rosas blancas esparcidas a su alrededor. Manuel oyó a Jaime a su espalda.

—¡Por Dios! —jadeó—. ¿Qué ha pasado? ¿Está muerta de verdad? Manuel asintió despacio.

Cuando marcó el número de la Policía, le temblaban las manos.

## 6

### Hace tiempo

**A**driana se despertó a causa de una corriente de aire frío que atravesaba la habitación. En sueños, la Virgen María se había sentado a su lado y le había acariciado la frente, igual que cuando era niña. Pero, de pronto, el rostro de la Virgen se estremeció, se le arrugó la frente y se le oscurecieron los ojos. Abrió la boca y gritó, y entonces sus dientes se carbonizaron y cayeron, uno tras otro.

Quizá fuera su propio grito de angustia lo que la despertó. Se arrebujó con la manta, permaneció tumbada y miró la oscuridad. Las contraventanas estaban entornadas, de forma que la fría luz de la luna atravesaba el cristal y se posaba en el suelo y sobre la cama. Se deslizaba como un rayo plateado, formando un aura alrededor de la cabeza del Cristo que había sobre la cabecera de la cama. La sensación de inquietud todavía perduraba. Incluso estando completamente despierta, podía sentir un nudo en el estómago que no sabía de dónde procedía. Era como si las paredes se encogieran a su alrededor.

Entonces oyó unos pasos familiares que se acercaban con cautela. La puerta se abrió poco a poco con un ligero chirrido. La cama crujió bajo su peso cuando él se sentó en el borde y se inclinó sobre ella. La besó en la frente, con delicadeza. Estaba sin afeitar y su piel áspera le raspó la mejilla.

—Mi amor —susurró ella con ternura.

Él le acarició el cabello, tocó con suavidad sus hombros desnudos. Ella le tomó la mano, la atrajo hacia sí y la posó sobre sus labios.

–Quédate conmigo –rogó ella.

–Cariño –dijo él, y envolvió sus manos entre las suyas–. No puedo, me están esperando. Vamos a salir con varios barcos y yo iré con José. No puedo fallarle.

–¿Por qué no va otro? Podrían prescindir de ti por una vez. Llama y di que estás enfermo. Métete conmigo debajo de la manta.

La sensación de inquietud se hizo aún más patente. Sintió un escalofrío y deseó que él le diera calor. La Virgen María había proyectado su fría sombra sobre la habitación.

–Quédate conmigo, por favor. No quiero que te hagas a la mar esta noche –volvió la cabeza hacia la ventana y miró preocupada afuera–. Habrá tormenta.

Las contraventanas empezaron a golpear como si confirmaran sus temores. Fuera, el viento soplaba entre los árboles cada vez con más fuerza. Era, sin duda, una señal de la Virgen María.

Él sujetó la cabeza de ella entre sus manos callosas y la apretó contra su pecho. Adriana sintió que olía a pescado, a mar y a sal. El olor nunca llegaba a desaparecer del todo. Era como si los duros años en el mar se le hubieran incrustado en la piel.

–Sabes que no puedo –dijo en voz baja–. Solo Dios y el mar pueden calentarnos y traer comida a nuestra mesa. Pero reza por mí mientras esté fuera esta noche –dijo, y la soltó–. Pídele a Dios que me permita pescar un pez de oro.

–Tú siempre bromeas con la vida y la muerte.

–Sí –respondió, y le acarició la mejilla–. No se puede hacer otra cosa. Los que temen a la muerte no disfrutan de la vida.

–Tú y tus historias –dijo ella, y resopló. Fingió sentirse irritada con él por bromear sobre sus inquietudes.

–Una esposa difícil convierte al marido en filósofo –replicó, y esbozó una sonrisa.

Sus ojos negros centellearon bajo la luz de la luna, que entraba por la ventana.

Adriana se sentó en la cama, se acercó sujetándolo por la chaqueta y lo atrajo hacia sí.

–Bésame –rogó.

Y él la besó con pasión.

Se había enamorado de él cuando aún no había cumplido dieciocho años. Era muy diferente a todos los que habían pretendido deslumbrarla antes. Nunca había intentado acercarse a ella, y su timidez y su disimulado interés le resultaron atractivos. No se ponía en una esquina de la calle para silbar a las chicas como hacían los demás, sino que la observaba y sonreía tímidamente cuando sus miradas se cruzaban. Cuando un día, después de que ella hiciera la compra en el mercado, le preguntó si la podía acompañar a casa, ella dijo que sí.

Él cargó con la caja de fruta y le contó historias. Chismes del campo, de su abuelo cuando bajaba de la montaña con las cabras. Su voz adquirió un timbre más suave al hablar de su madre, de su perseverancia y generosidad.

Adriana se tumbó en la cama. Oyó el viento soplar tras las ventanas.

–Vete –dijo–, que tengas suerte. Te estaré esperando.

Él asintió, le lanzó un beso y cerró la puerta tras de sí. Tan pronto como desapareció, volvió a invadirle el presentimiento de una desgracia.

Adriana juntó las manos y rezó. Cerró los ojos y susurró en la oscuridad.

–Dios mío...

Se sobresaltó cuando el viento golpeó las contraventanas. El Cristo de la cruz se desprendió de la pared y se hizo añicos al caer sobre la mesilla de noche. El hijo de Dios permaneció allí, en posición yacente, con los brazos extendidos, mientras que el crucifijo de madera se rompió al chocar contra el suelo. Recogió la figura rota y la apretó con fuerza contra el pecho.

–Dios mío –murmuró de nuevo–. Dios, haz que no le pase nada.